

Adrián Correnti

Vigésimo Quinto Domingo
de Pentecostés
Ciclo B

18-11-2012

**“La ofrenda que agrada a Dios:
Jesús y la viuda pobre”**

Capitán Miranda,
Hohenau.

Marcos 12:41-44

Introducción

“Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho” (Mc. 12:41). Jesús observa la ofrenda que es puesta. Jesús mira la ofrenda que pones, y mira el corazón y sus intenciones.

1. La ofrenda de la gente y de la viuda pobre

“Y vino una viuda pobre y echó dos blancas, o sea, un cuadrante. Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca” (Mc. 12:42-43). ¡Cuidado! –les dice Jesús a los discípulos–, las apariencias engañan: “Porque todos han echado de lo que les sobra, pero esta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento” (Mc. 12:44).

	La ofrenda de los demás	La ofrenda de la viuda pobre
1.	Todos colocan de lo que le sobra, lo que es de descarte, aunque bien pueda ser mucho.	En cambio tú (la viuda pobre) colocas todo lo que tienes, lo primero y mejor que tienes, aunque bien pueda ser poco (visiblemente hablando).
2.	Esta ofrenda le repugna a Dios, porque es como regalarle un trapo sucio y viejo, que no sirve para nada.	Esta ofrenda le agrada a Dios, porque es como un beso apasionado o una flor sin par, que adorna y enriquece la vida de los demás.
3.	Sale de un corazón ingrato a Dios (sin fe), desagradecido y falto de amor.	Sale de un corazón desbordante de fe y de amor a Dios y al prójimo.

2. Cristo, la ofrenda viva del Padre frente a una iglesia idólatra y mezquina

Cristo, siendo rico, se hizo pobre para hacernos ricos (2° Co. 8:9) en fe, en esperanza y en el amor de Dios. Y nosotros, siendo pobres, de esta manera fuimos enriquecidos, de modo que entre nosotros no falta ningún don espiritual (1° Co. 1:7), a fin de que seamos bondadosos para con los demás.

Y si no somos o no quisimos ser bondadosos, es porque a Dios todavía no lo conocemos. Dios a amor (...), y puso su vida por los demás, a fin de que seamos hechos hijos de Dios. No precisaba hacerlo, con condenarnos al infierno igual seguiría siendo justo. Porque la falta cometida y el error está en nosotros, en el mundo entero, que le ha abandonado para seguir a otro dios, a un dios falso (un ídolo): el dios dinero.

Nadie quiere ser menos que el otro, sino que todos prefieren el lujo y la mejor comodidad. Y si no tenemos lo que queremos, nos enojamos con Dios y con los demás. Siendo grandes, nos comportamos como niños en las cosas espirituales, como niños caprichosos, y no queremos reconocerlo. Y si lo hacemos, es a medias, poniendo excusas: la sociedad me obligó a robar; mis padres me enseñaron así; la corrupción está en todos lados, no es posible cambiar ni mejorar las cosas.

¿Qué le diremos a Dios en el Día del Juicio final? ¿Qué excusa le presentaremos, cuando él te diga: “Hijo mío, ¿hasta dónde ha llegado tu ayuda al prójimo, con el dinero que te di? ¿Con cuánto has colaborado para la extensión de mi Reino, de mi iglesia en la tierra? ¿Qué hiciste con los dones y talentos que puse en tus manos, para que los multiplicaras? Y ante todo, ¿Cuándo

ofrendaste, lo hiciste de corazón, como para el Señor, o solo lo hiciste para condenarte a ti mismo, como para presentarme una justicia y una santidad propia, inventada, en vez de una justicia y piedad que brota de la fe en Cristo?”

3. La verdadera ofrenda y santidad de vida es “en” Cristo Jesús

No hay justicia ni piedad externa que sirva a la hora de calmar la ira de Dios contra nuestro pecado. Sólo Jesucristo, el Hijo de Dios, calmó en la cruz la ira de su Padre celestial contra nuestra desobediencia y nuestro pecado.

En un tiempo cuando todavía nuestras manos estaban manchadas de sangre, por matar a gente inocente mediante el robo, la ambición, la calumnia, las malas palabras y la blasfemia, quiso Él mediante su propia sangre purificar y limpiar nuestros corazones de todo pecado, de toda maldad.

El sublime sacrificio de Jesucristo en la cruz, fue la ofrenda única y suficiente de Dios el Padre por los pecados del mundo entero, incluyéndote a ti. Nuestra ofrenda en dones y talentos, en bienes, tiempo y dinero, no serían hoy aceptables ni agradables a Dios, si no fuera por aquel único y suficiente sacrificio.

Hoy, siendo renovados los corazones por la fe, es que podemos ofrecer sacrificios y ofrendas que son agradables a Dios y aceptadas por nuestro Padre celestial, gracias a Jesucristo. Sin Él, todo está perdido. Con Él, todo es posible para el que en él cree.

Conclusión

Ofrezcamos ofrendas a Dios, rica y abundantemente, en todo tiempo, en todo lugar, como lo hacían los ricos del texto del evangelio. Pero recordemos siempre también, hacerlo con la motivación correcta, adecuada, tal como lo hizo la viuda pobre: con la fe y la esperanza puestas en Dios (1° Ti. 5:5), porque conocía que Dios es amor. Él no te desampará ni te abandonará. Amén.